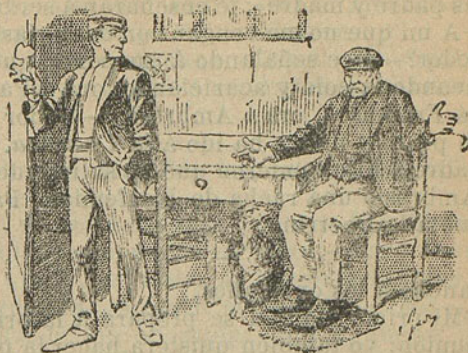


CULTURA POPULAR



LAS DOS EDUCACIONES

Pancho á los ocho años.

Entra donde están sus padres y les dice:

—Mi primo Manuel va á *la Doctrina* todos los domingos. A mí también me gustaría ir á *la Doctrina*.

El padre contesta malhumorado:

—¡La Doctrina! esto te dará pan.

—Dice Manuel que la enseña un Cura que es muy bueno, que estima mucho á los niños.

—Que es cabalmente lo que yo no quiero; que vayas tras de Curas.

Media la madre y dice:

—Déjale ir: allí le enseñarán al niño á creer en Dios.

—¿Pero hay Dios?—pregunta Ambrosio, que es el nombre del padre.

—No seas así, Ambrosio: allí le enseñarán un mandamiento de la Ley de Dios que dice: «Honrarás padre y madre»; le enseñarán á ser bueno.

—A mí que no me vengan con beaterías. ¿Ves á Medor?—dice señalando á su perro, que está meneando la cola y acariciando, ora á Pancho, ora á Francisca, ora á Ambrosio.—Medor es un buen perro y nunca ha ido á *la Doctrina*.

Madre é hijo temieron que no saliese de boca de Ambrosio una racha de blasfemias. Pancho no fué á la Doctrina.

Pancho á los once años.

—Mi primo Manuel se prepara á la primera Comunión: yo también quisiera hacer la primera Comunión.

Ambrosio más malhumorado que la otra vez:

—Sí, sí; la primera Comunión te dará pan cuando no lo tengas.

Media la señora Francisca y dice:

—Pero, Ambrosio, no seas así: á este niño te empeñas en educarle como una bestia. Nuestro hijo tiene un alma; mañana será un hombre; tú querrás que sea un hombre digno.

—Medor es un buen perro y no tiene alma, y respecto á la Comunión...

Y aquí siguió una blasfemia que no hemos de repetir. El niño no hizo la primera Comunión.

Pancho tiene catorce años.

—Mucho tarda en venir á comer nuestro hijo—dice Francisca á su marido.

Mientras esto dice, llama á la puerta un municipal que acompaña á Pancho ensangrentado.

—Pero ¿qué ha sucedido?—pregunta alarmada la madre.

—¡Qué ha de haber sucedido!—contesta el guardia;—por ahí andando á pedradas.

—No te alarmes, mujer,—dice Ambrosio.—Así se hacen fuertes los muchachos.

—Está bien, ciudadano—dice el municipal,—otro día ya vendrá V. á recogerle en el cuartelillo.

Pancho ha cumplido los diez y seis años. La madre ha muerto.

—Ea, vamos á cuentas, joven,—dice Ambrosio á Pancho con mucha seriedad;—hace cuatro noches que V. se viene á dormir á las tres de la madrugada. ¿A dónde se pasa la noche?

—A donde me acomoda: ¿y á V. qué le importa? Entienda V. que ya no soy ningún niño. Hago lo que me da la gana, porque estoy en edad de hacerlo. Yo á V. le pago mi despesa sin quedar á deberle nada... ¡y en paz! ¿Le pregunta V. á Medor á dónde va á pasar la mañana ó la tarde cuando se marcha de casa?

—Respecto á Medor tengo un palo para romperle las costillas.

—Y conmigo no tiene V. palos, porque ya sabe V. lo que le costaría. Se acabaron los tiempos del despotismo.

Pancho tiene veintidós años, y gana un buen jornal. Su padre está imposibilitado para trabajar. Vive con Pancho, que considera á su padre como una carga que él no está dispuesto á seguir soportando.

Allí está el pobre Ambrosio sentado en una mala silla, con su Medor al lado. Su hijo no le dirige nunca la palabra. Este se dice dentro de sí:

—¡Si se muriera pronto este hombre!

Una noche Ambrosio llama á Pancho, diciéndole que le ha de hablar.

—¡Una impertinencia más!—contesta Pancho de mala manera.

—¿Sabes, Pancho, que no he probado bocado en todo el día?

—¿Y á mí qué?

—Es que hace cinco días que á nuestra vecina no le has dado un céntimo.

—¡Mire V. que es fuerte cosa el que yo tenga que mantener á un gandul!

Al oír esta palabra, salida de labios de su propio hijo, probó de levantar el palo que le servía de apoyo; pero tuvo que limitarse á echar contra Pancho, una mirada de profunda indignación.

—Vaya, esto se acabó,—dice Pancho:—ó V. se va de esta casa, ó no vuelvo á ella.

—Es que soy tu padre...

—¿Qué quiere V. decir con esto?

—Es que soy yo quien te puso en el mundo.

—Si V. me puso en el mundo, ni yo se lo pedí ni se lo agradezco. Si al ponerme en el mundo hubiese adquirido para mí un capital... Pero ni me dejará V. dinero, ni me dió V. educación.

—Es que un hijo tiene obligación de asistir á su padre.

—Esto debía decirlo *la Doctrina, la Doctrina...* ¿sabe V.?

Al decir esto Pancho con aire socarrón, al padre le vino un desmayo.

Al volver en sí se encontró en otra casa. Recogió al desgraciado Ambrosio el primo de Pancho; aquel Manuel que iba al Catecismo y que hizo su primera Comunión.